



D. FRANCISCO A. PEREDO Y PEREIRA.

Fué uno de los primeros diplomáticos que tuvimos en México, y por cierto que su misión tuvo muy poco éxito, pues en medio de la agitada vida que llevó, concedió muy poca importancia á su cargo.

Era originario del pueblo de Actópan en el Partido de Tula, perteneciente entonces al Arzobispado de México, y se ordenó de menores á principios del siglo; procesado por el Prelado metropolitano á causa de las sospechas que su vida privada inspiraba, para no verse envuelto en un proceso tomó el partido de fugarse al extranjero, embarcándose en Veracruz; pero durante el viaje fué capturado por un buque inglés que lo dejó en los Estados Unidos, de donde pudo marchar á Portugal, y encontrándose en Lisboa se presentó á los Reyes haciéndose pasar como Obispo con destino á las

Colonias portuguesas de América. Sus Majestades le dieron benévola hospitalidad, particularmente la Reina; pero sin que se sepa por qué, de una manera intempestiva el supuesto Obispo salió de Lisboa, dejando allí á los también supuestos familiares que llevaba, y por consiguiente, los Reyes quedaron burlados y mohinos con la rara conducta de su ilustre huésped.

Después de esto, el padre Peredo se fué á la Habana, á cuyo Gobernador general le jugó un chasco bastante pesado, por lo que pretendía castigarlo, buscándole con empeño, pero el referido sacerdote había logrado ponerse á salvo, dirigiéndose á Nueva York. Con estas tunantadas, que constan en su causa, la situación del padre Peredo parecería bastante difícil en aquel país, pues el 19 de Febrero de 1810 le dirigía una carta al Ministro de España en los Estados Unidos, Don Luis de Onís, diciéndole que se hallaba escaso de recursos y que pretendía ir á Baltimore para dirigirse de allí á París; pero en realidad lo que pretendía era que se le pagaran los servicios que había prestado á dicho Ministro, quien en Marzo de ese año participaba al Virrey de México, que había comisionado al referido sacerdote para que con todo sigilo y astucia se introdujera con Mr. Demolard, agente principal de Napoleón y ganara su confianza, á fin de descubrir los planes ó

trabajos de los emisarios franceses en América, comisión que había desempeñado satisfactoriamente el padre Peredo, que era hombre de ingenio, de talento, de mérito y de confianza, en el concepto de Onís, quien lo hizo salir rumbo á México, con encargo de instruir al Virrey acerca de las maquinaciones de los franceses. y de poner en manos del mismo unos papeles interesantes, por cuyo encargo le ofreció el Ministro la suma de mil pesos, que debía recibir en México; al mismo tiempo, lo recomendaba para que terminara su carrera eclesiástica, como deseaba.

Tan pronto como el referido señor Peredo llegó á México, le fué conferida por el Arzobispo Virrey la comisión de pasar á España á instruir verbalmente á los Ministros de Estado, respecto á los asuntos que motivaban dicha comisión. El padre Peredo debió salir á cumplirla el mes de Mayo de 1810 en la goleta "Veloz;" pero no pudo verificar el viaje, porque pocos días después de su llegada fué procesado por el Tribunal de la Inquisición, á causa de habersele encontrado en su equipaje algunos papeles tenidos como sediciosos é incendiarios, lo que según declaración de Peredo, eran copias que él mismo había tomado en la casa de Mr. Demolard, con el fin de que le sirvieran para el mejor cumplimiento de la comisión que Onís le había con-

ferido. Los mencionados papeles eran una proclama manuscrita á los Arzobispos y Obispos de las Américas; dos proclamas á los compatriotas hispano-americanos; cuatro papeles de apuntes de los emisarios franceses, y un cuaderno titulado: "Objeto de los comisionados."

Peredo había sido delatado ante la Inquisición y el Arzobispo, por el Capellán del Regimiento de la Corona, Don Manuel de Neira, y por Don Miguel Preciado Serrano, quienes lo acusaban de haberle oído proferir en público conversaciones heréticas y subversivas, entre las que principalmente figuraron éstas: Que la religión de los "Cuáqueros" era la mejor.—Que el padre Peredo dijo que había de tener el gusto de derribar á balazos la estatua de Carlos IV, porque era un Rey estúpido é indigno de la adoración de sus vasallos.—Que él (Peredo) pondría en sosiego este Reino quitando de en medio á los gachupines.

Por esas conversaciones y por algunos actos sospechosos de Peredo, mandó la Inquisición que se le formara causa, la que comenzó á instruirse poniéndosele detenido en las cárceles secretas del Santo Oficio, el 22 de Abril de 1810. Durante el curso de la misma fueron interrogados muchos testigos, que en lo general declaraban contra el acusado, á pesar de que éste procuró desvanecer con energía y viveza los cargos

que se le hicieron, tachándolos de falsos y rechazando á varios testigos como calumniadores y malévolos, no pudo impedir que el fallo de la Inquisición le fuera adverso. En consecuencia, dicho Tribunal consideró culpable á Peredo, no solamente de los cargos de hereje y apóstata, sino también como partidario de la Independencia, y por tanto, fué sentenciado á ser reprendido severamente, llevando "sambenito y vela verde," en presencia de todas las personas que debían asistir á una misa que para tal ceremonia había de verificarse. Igualmente se le sentenció á que en la cárcel del Santo Oficio rezara de rodillas el rosario todos los días, durante seis meses, y practicase un ayuno cada semana. Por último, se le condenó á destierro de la Corte de Madrid y otros sitios reales, inclusive el de México, diez leguas á la redonda, durante diez años, de los cuales debía pasar seis en las Islas Marianas. Esta sentencia fué aprobada por la autoridad secular ordinaria.

Estuvo preso seis meses en la cárcel de la Inquisición, donde sufrió una penosa enfermedad. De aquel encierro se le trasladó á la cárcel de Acordada, en la cual se le puso incomunicado siete meses, y de ella debió salir para las Islas Marianas, pero habiéndose exacerbado la enfermedad que padecía, provisionalmente fué recluido en el convento de San Diego, del cual logro

fugarse en Enero de 1813, en compañía del padre Fr. Vicente Santa María, é irse á Tlalpujahua, donde se encontraba Don Ignacio López Rayón. Este le confirió el grado de Coronel, y como Peredo poseía buen talento y era hombre de carácter atrevido y audaz, supo granjearse luego la confianza de los miembros de la Junta, quienes le encomendaron, en Marzo de 1813, la árdua é importante comisión de ir á los Estados Unidos á hacer conocer allí el verdadero estado de la insurrección en México, á comprar armas y á desempeñar algunas funciones diplomáticas cerca de ese Gobierno y con los representantes de Inglaterra y de Santo Domingo, á cuyo fin se le expidieron los poderes correspondientes y se puso á su disposición una importante suma de dinero. Peredo debió embarcarse el 22 de Abril en Miantla, llevando como adjunto al padre Fray Manuel Gutiérrez Solana, originario de Aguascalientes, pero sucesos inesperados impidieron que Peredo llenara debidamente la comisión, pues en esos días había sido ocupado por los realistas dicho puerto. Así es que Peredo se vió obligado á llegar solamente á Tecolutla. Frustrada por tal motivo la comisión diplomática del mencionado sacerdote, quedó éste con el grado de Coronel, operando en las costas del Golfo, por Tuxpan, Nautla, Tecolutla y otros lugares, á las órdenes de Don Francisco Osor-

no. En Junio de 1813 se hallaba defendiendo la Barra de Minatitlán con sólo cuarenta negros mal armados, y viéndose en inminente peligro de ser rodeado por los realistas, se dirigió al Cura Brigadier Don Mariano Matamoros, pidiéndole lo auxiliara con alguna tropa.

El Comandante insurgente de aquella costa, Don Narciso Arriaga, en oficio que dirigió á Osorno, culpaba á Peredo de que por su carácter violento é imprudente, y por haber hecho público el secreto de la comisión que llevaba á los Estados Unidos, éi mismo había sido causa de que fracasara esa comisión, También le culpaba de que en Tecolutla se vivía en organizar bailes y "jaranas" con los vecinos del lugar, desentendiéndose de lo principal.

Este informe llegó á oídos del padre Peredo, quien se dirigió á Osorno, sincerándose de esos cargos y diciéndole que el Comandante Arriaga, con su mala conducta y abrogándose atribuciones que no le correspondían, le había estorbado cumplir la comisión que iba á desempeñar á los Estados Unidos.

Así es que disgustado con el referido Comandante, siguió entendiéndose directamente con Osorno y con Rayón, y deseando dizque organizar tropas y poner en estado de defensa la costa, procuró establecer una maestranza para fundir cañones y fabricar

otras armas; pero llamado por el Congreso mexicano á fin de que fuera á dar cuenta del resultado de la comisión que se le había conferido, se dirigió á Zacatlán, donde se encontraba Rayón.

Pocos días después estuvo en el convento de Santo Domingo, de Oaxaca, por motivos de enfermedad, y en seguida fué llamado por dicho Rayón á Huajuápam, donde le encomendó algunas comisiones.

Don Lucas Alamán refiere que Peredo había acompañado al Dr. Don José Manuel Herrera cuando éste fué á los Estados Unidos en calidad de Plenipotenciario, y que la comisión que se señaló á Peredo consistía en establecer relaciones de comercio y en formar una escuadrilla de corsarios, habiéndosele auxiliado con mil pesos para los gastos de viaje; pero el referido historiador no dice cuál fué el resultado de las gestiones de Peredo en aquel país, y en un documento oficial consta que al padre Don Manuel Peláez, de Puebla, es á quien se había designado para que fuera acompañando al Dr. Herrera á los Estados Unidos.

Después de esto, no se sabe otra cosa acerca del padre Peredo, sino lo que consta en un oficio que él dirigió, en Enero de 1817, desde Pamillas, al Dr. Don José Manuel Herrera, diciéndole que se hallaba en aquel lugar con un destacamento, y que por aquel rumbo no había temor de que pene-

traran los realistas. No consta que rindiera nunca el informe que se le pidió. Por falta de más noticias no es posible asegurar lo que haya pasado á Peredo, después de lo que se ha dicho; mucho menos puede decirse cuál haya sido su suerte posterior, pero lo probable es que al fin consiguiera embarcarse para los Estados Unidos, y radicarse allí, como eran sus más ardientes deseos.



DR. DON JOSE MANUEL DE HERRERA.

De otro Plenipotenciario, muy distinto en sus hechos, de Peredo, vamos á ocuparnos.

El Dr. Herrera era domiciliario del Obispado de Puebla y disfrutaba la reputación de hombre sabio y virtuoso; después de haber desempeñado los Curatos de Santa Ana Acatlán y de Huamustitlán, el año de 1811 se encontraba al frente del de Chautla, donde á la vez fungía como Capellán de la tropa del jefe realista Don Manuel Musitu.

En Diciembre de ese año, Morelos atacó y tomó sin mucha dificultad á Chiautla, fusilando á Musitu, no obstante que éste ofrecía por su vida la suma de cincuenta mil pesos. El Dr. Herrera procuró salvarse, ocultándose detrás del alta mayor de la iglesia, pero descubierto allí, se le condujo á presencia de Morelos, quien viéndolo

tan atemorizado lo tranquilizó, y como deseaba aprovechar sus servicios en favor de la causa de la insurrección, le confirió el empleo de Vicario Castrense, con cuyo carácter aparece desde entonces como partidario de dicha causa, y por esta razón lo excomulgó el Obispo de Puebla, en su edicto de 10 de Julio de 1812.

Poco tiempo después, Morelos ocupó a Oaxaca, donde hizo que se celebrara con solemnidad la "jura" de obediencia á la Suprema Junta Nacional Americana y á la Independencia de la Nación. Tocó al Dr. Herrera predicar en la Catedral de aquella ciudad un sermón de acción de gracias, alusivo á la ceremonia patriótica que allí tuvo lugar el mes de Noviembre de dicho año; también recibió el Dr. Herrera el encargo de publicar un periódico, al que dió el nombre de "El Correo Americano del Sur," en cuyas tareas lo substituyó después Don Carlos M. Bustamante.

Refiérese en un documento que existe en el Archivo General de la Nación, que el Dr. Herrera, fungía como jefe de la 4a. Brigada del ejército de Morelos, y que el mes de Enero de 1813 derrotó en la Cuesta de Santa Rosa, cerca de Huajuápam, á las tropas de París y de Rionda. Esta brigada estaba compuesta de las tropas de Don Miguel y de Don Víctor Bravo, que eran en realidad las que operaban por el rumbo,

pues el Dr. Herrera no se distinguió por sus hechos de armas. En la instalación del Congreso de Chilpancingo figuró como representante de la provincia de Térapam y firmó el acta de Independencia; por ausencia del Presidente del Congreso publicó en Tiripitío un manifiesto, en el cual exhortaba á los americanos patriotas á no desmayar ante ninguna adversidad y á no dejarse caer en las astutas tramas del Gobierno realista, prometiéndoles que dentro de pocos días el pueblo mexicano tendría ya una Constitución ó "Carta sagrada de la libertad." Firmó también la Constitución de Apatzingan, expedida el 22 de Octubre de 1812.

Por último, fueron numerosas las comisiones que se confiaron al Dr. Herrera, quien estaba siempre dispuesto á servir á la causa nacional, por difíciles ó peligrosas que parecieran esas comisiones, y la última que se le confió el año de 1815, fué la de Plenipotenciario, para que fuera á los Estados Unidos á comprar armas y á hacer algunas gestiones diplomáticas en favor de la causa insurgente, á cuyo efecto se le dieron las instrucciones respectivas y la suma de \$28,000 ú \$80,000, según declaró un testigo. Se designó al Pbro. Don Manuel Peláez, para que lo acompañara á dicho país.

El Dr. Herrera llegó solamente á Nueva

Orleans, donde fué bien recibido por los adictos á la Independencia de México, y el periódico intitulado "El Amigo de las Leyes" prodigó entusiastas elogios á dicho Plenipotenciario, por su buen comportamiento y manera de vivir. Lo primero que pudo arreglar en aquella ciudad fué la compra de algunas armas y municiones que remitió á uno de los puertos del Golfo, para lo cual se puso en contacto con algunos piratas, según refiere el historiador Atamán. Estableció relaciones con el abogado Livingston, con quien celebraba frecuentes conferencias, para tratar de los asuntos relativos á la insurrección, é igualmente conferenció varias veces con el Coronel Perr acerca de la conveniencia de entablar entre México y los Estados Unidos relaciones de comercio, á cambio de armas y pertrechos de guerra, destinados al ejército insurgente. Tambiénden procuró interesar á varios armadores y piratas de Barataria, á fin de que alistaran buques para enviarlos á la costa de Veracruz, y con el Coronel Perr intentó arreglar una expedición sobre el puerto de Nautla, la cual protegería por tierra Don Guadalupe Victoria, pues el Dr. Herrera había propuesto al Congreso mexicano, como una medida útil y necesaria, la ocupación de Veracruz y Tampico.

Además, el Dr. Herrera adquirió una imprenta é hizo publicar proclamas y otros

papeles encaminados á crear partidarios á la insurrección y á defenderla y propagarla.

Tales fueron, en resumen, los trabajos que pudo emprender en aquel país, y si no le fué posible desempeñar en todo la comisión que se le había confiado, esto dependió, indudablemente, de obstáculos que no estuvo en su mano vencer, y de circunstancias imprevistas, y por tanto, le fué preciso regresar á México en Noviembre de 1816, habiendo desembarcado en Boquilla de Piedras, de donde se encaminó rumbo á Tehuacán.

En el referido lugar fué recibido por el caudillo Don Manuel de Mier y Terán, quien acababa de disolver el Congreso, y como Terán sospechaba ó temía que el Dr. Herrera pretendiese substituir en el mando á Morelos, se le mostró frío y desconfiado, por lo que Herrera, receloso de lo que Terán pudiera hacer contra él, y sobre todo, poseído ya de cierta desmoralización ó desaliento, por el desfavorable giro que habían tomado los asuntos de la revolución, á la muerte de Morelos, anduvo errante por varios lugares, hasta que se resolvió á implorar el indulto ante el Gobierno realista, bajo el patrocinio ó amparo del Obispo de Puebla, quien no solamente le consiguió esa gracia, sino también se propuso protegerlo, dándole un empleo en el Cole-

gio Carolino de aquella ciudad, (Diciembre de 1817).

Don Carlos M. Bustamante, refiriéndose al regreso del Dr. Herrea, asienta que éste, acompañado del Coronel Perr, joven francés, y de otros cinco aventureros, había llegado á San Andrés Chalchicomula: que abrigaba la intención de vengarse de Terán, por la caída del Congreso, restableciendo á éste y poniéndole como custodio ó guarda al citado Coronel Perr; que Terán trató con política al Dr. Herrera, llevándolo á su casa como huésped, á fin de tenerlo constantemente á la vista y espiar de cerca sus acciones, por lo que el referido Herrera no pudo poner en práctica sus planes, retirándose de Tehuacán á los pocos días, y que á principios de Enero de 1817, y temiendo la pérdida de Cerro Colorado, se fué á Nautla con el Coronel Perr y con Don Juan Robinson, quienes se embarcaron allí para Nueva Orleans, quedándose en Nautla el Dr. Herrera, quien después fué á unirse con el Coronel insurgente Calzada, que tenía su campamento en el cerro de La Fortuna, cerca de Quimixtlán, en cuyo tiempo anduvo recorriendo varios lugares el repetido Herrera. Consta en documentos existentes en el Archivo General de la Nación, firmados por el Dr. Herrera, que éste estuvo en Huetamo, Colipa, Santa Efigenia y otras poblaciones de aquel

rumbo, á principios de Febrero de 1817, y sostenía correspondencia oficial con el jefe insurgente Don José María Ponce de León y otras personas.

Agrega el citado historiador, que Don Luis Iturrigarria lo había ayudado generosamente en Nueva Orleans, facilitándole dinero y respondiendo por él, cuyos servicios le había pagado después, poniéndolo preso en México el año de 1822.

Durante tres años, desde 1818 hasta 1820, no volvió á sonar el nombre del Dr. Herrera en el campo de la política ó de la revolución, y solamente se sabe que después de haber estado por algún tiempo en Puebla, fué á encargarse del Curato de San Pedro, en Cholula, Estado de Puebla. Hallábase en dicha población cuando el mes de Febrero de 1821 pasaron por allí, con rumbo á Iguala, un Capitán apellidado Magan y Don Mariano Monroy, quienes conducían desde Puebla ejemplares impresos del plan de Independencia proclamado por D. Agustín de Iturbide, para entregarlos á este jefe. Los mencionados Magan y Monroy, según refiere Don Lucas Alamán, conferenciaron con el Dr. Herrera, logrando vencerlo en favor de dicho plan, por lo que al fin se decidió á seguirlos para ir á presentarse á Iturbide, pero en el camino se separó de ellos, dirigiéndose á Chilapa. De todos modos, llegó á avistarse con Iturbi-

de, quien lo encargó del despacho de su Secretaría y le dió los elementos necesarios para que en Iguala comenzase á publicar un periódico denominado "El Mexicano Independiente," del cual fué Director. En ese periódico se ocupó preferentemente de hacer una reseña de los acontecimientos principales de la revolución de Independencia. El mismo Herrera había conducido desde Puebla la imprenta que cedió el padre Furlong, en la que se imprimía el referido periódico.

Triunfante al fin dicha revolución y establecido ya en México el primer Gobierno Independiente, el Dr. Herrera fué nombrado para el alto cargo de Ministro de Relaciones, el 5 de Octubre de ese año de 1821.

Don Carlos Bustamante, como es bien sabido, juzgaba á veces con pasión y con ligereza, á las personas que no le eran simpáticas, y por este motivo, probablemente, aseguraba que el Dr. Herrera había hecho negocios indecorosos, habiendo sido uno de ellos el haberse apoderado de \$500,000 de una conducta ó convoy perteneciente á varios españoles, cuya suma se habían distribuido el Ministro Medina, el General Don José María Lobato, Cavaleri y el mismo Herrera, á quien habían tocado cien mil pesos en ese reparto.

Finalmente, cuando se trataba de elevar

á Iturbide á la categoría de Emperador, el Dr. Herrera, que se había declarado decidido partidario de aquél, trabajó activa y empeñosamente para allanar obstáculos y para conseguir adeptos al régimen monárquico que se trataba de implantar. A este fin se propuso trabajar en el sentido de ver si era posible inclinar á Don Vicente Guerrero en favor de la elevación de Iturbide al Trono de México; pero á pesar de que casi toda una noche estuvo conferenciando con el ilustre suriano, no consiguió otra cosa que una enérgica y rotunda negativa.

El Dr. Herrera trabajaba también para que el Congreso Nacional concediera á Iturbide el derecho de veto en la Constitución que iba á promulgarse, lo que equivalía á revestirlo con un poder casi absoluto.

En Oaxaca había pretendido el Dr. Herrera hacer que al Cura Morelos se le ciera también la diadema imperial, según dice el citado historiador Bustamante, quien asegura que poco antes de la abdicación y caída de Iturbide, se había largado para Tampico el citado Herrera; que el Comandante de San Luis Potosí pretendió arrestarlo, á causa de los sucesos políticos que tuvieron lugar allí en Abril de 1823, pero que ya se había ido y se hallaba en una hacienda inmediata á Querétaro; que el Brigadier Don Antonio López de Santa

Anna, sabiendo que Herrera llevaba \$400,000 y pretendía embarcarse en Tampico, procuró también capturarlo. Todo esto es muy poco creíble y lo último falso. El año de 1825 se hallaba en Guadalajara, y parece que desde entonces desapareció de la escena pública.



PEDRO ASCENSIO ALQUISIRAS

Es este caudillo suriano de aquellos que por ser de historia poco conocida, sus hechos se van desfigurando rápidamente para fabricar con ellos una leyenda de la que él es el héroe principal, y si fuéramos á dar crédito á todas las hazañas que de él refieren los sencillos habitantes del Sur, resultaría un hombre extraordinario.

Desde su nombre está adulterado ya, pues no se llamaba Pedro Ascensio, sino Pedro de la Ascensión Alquisiras, y no se sabe si nació en Acuitlapam ó en Tlatlaya, ó en algunas de las rancherías inmediatas; pertenecía á la raza trahuica cuyo idioma hablaba perfectamente y conocía el otomí y el mazahua: su oficio antes de la revolución era minero, no á sueldo de ninguna empresa, sino por su propia cuenta. Cuando conseguía reunir cierta cantidad de metal, la

iba á vender á Sultepec á Don Luis Rodríguez ó á Don Tomás Ortiz, acomodados mineros de aquél mineral, Ingeniero el primero y sobrino de Hidalgo el segundo. Tomó las armas á instigación de Rodríguez, desde fines de 1810, como simple soldado, en cuya calidad continuó durante todo el año de 1811 y hasta que la Junta de Zitácuaro tuvo que emigrar.

Su valor le hizo adquirir ascendiente sobre sus compañeros y formar una pequeña partida con la que concurrió, en 30 de Junio de 1812, á atacar á Meneso que estaba situado en el monte de las Cruces y fué derrotado en compañía de otros guerrilleros. Habiendo conseguido sostenerse en Tlatlaya bastante tiempo, Rayón por recomendación de su hermano Don José María, dió á Pedro Ascensio el grado de Capitán, y algún tiempo lo tuvo á sus órdenes. Ya solo, ya unido con otros, hizo la campaña, siempre al Norte de Mexcala en el partido de Sultepec, y si no se manifestó del todo sumiso á los jefes principales, tampoco obró muy en desacuerdo con ellos. En 1816 en que acabó la autoridad de Morelos sin que hubiese en el Sur un jefe prestigiado que lo reemplazase, Alquisiras obró ya enteramente por su cuenta, y cuando la revolución decayó, trató de fortificarse en el Cerro de la Goleta, desde donde, en combinación con el Padre Izquierdo y otros, hacía correrías que se ex-

tendían hasta Teloloapam, Iguala y Taxco.

Puntualizar el número de acciones y escaramuzas en que tomó parte, es tarea difícil por lo numerosas que fueron y lo insignificante de ellas, pues en realidad quienes se encargaron de hacerlo famoso, fueron los comandantes realistas que nunca pudieron derrotarlo completamente y las Gacetas del Gobierno Virreinal que lo pintaban con los más negros colores, cuando no era mejor ni peor que los demás guerrilleros insurgentes. Reconoció la autoridad de la Junta de las Balsas y la de Don Vicente Guerrero, y cuando el Padre Izquierdo se indultó, quedó sólo en la región montañosa, que desde el volcán de Toluca se extiende hasta el río Mexcala.

El Virrey que veía casi extinguida la insurrección, creyó á Guerrero y Ascensio enemigos poco temibles, y á ésta opinión que tenía de ellos, se debió que no tomase las precauciones necesarias y que creyese cosa fácil arrasar las márgenes del Ixtapa, orden que comunicó al Comandante Domínguez que tenía poca fuerza: el resultado fué, se diese la acción de Santa Rita, la cual sí no fué una victoria para Ascensio, tampoco fue una derrota; reforzado Domínguez por Rafols atacó á Ascensio en el mismo punto, pero se vió obligado á retirarse ante el Jefe insurgente que había reunido ya todas las partidas que había en la comarca. Iturbide

por su parte, se propuso batir á Ascencio para seguir con Guerrero, y al efecto dió orden de atacar el Cerro de San Vicente que no pudo tomar; destacó á Quintanilla por el camino de Cutzamala á Acatempan, pero Ascencio que conocía admirablemente el país, dejó pasar la vanguardia y el centro que contaban con bastantes soldados, y atacó la retaguardia de Quintanilla, á la que puso en tan grave aprieto, que necesitó ser auxiliada por el centro: en esa acción cayó prisionero el Capitán realista, González, que fué fusilado por Ascencio, siendo ese militar el último que murió de esa manera en la guerra de Independencia. Todavía tuvo el insurgente otro éxito en Totolmaloya, donde derrotó al realista Torres.

Aunque ya Iturbide y Guerrero estaban en armonía y el último había dado orden á Ascencio de que no hostilizase á las tropas del Sur sino á los realistas, Ascencio se negó á incorporarse al ejército y permaneció en la Goleta; sabedor de los éxitos de la revolución, quiso distinguirse á su vez y avanzó sobre Tetecala, defendida por Huber y por los negros de Yermo; en Milpillas se trabó el combate y más que á balazos fué con arma blanca, el famoso machete suriano hizo grandes estragos entre las filas de los combatientes y hasta el mismo Pedro Ascencio fué víctima de él, pues un español lo mató de un sólo machetazo, á traición, se-

gún se dice. Cortada la cabeza, Huber la hizo poner en la punta de una lanza y con ella entró á Cuernavaca: allí fué puesta en un paraje público con la inscripción: "Cabeza de Pedro Ascencio." Su gente se desorganizó, pero algunos días después quedó á las órdenes del Padre Izquierdo, que ya había vuelto á sublevarse.

La circunstancia de haber sido uno de los últimos guerrilleros y de haber muerto en las vísperas casi de la Independencia de México, son las que han contribuido á dar más notoriedad á Pedro Ascencio, que á otros caudillos insurgentes de la misma categoría que él.